

**del cielo**  
**a la montaña**



[www.delcieloalamontana.org](http://www.delcieloalamontana.org)

***Para la edición guatemalteca:***

Magna Terra Editores, S.A.  
5a. avenida 4-75, zona 2, Guatemala  
[info@magnaterraeditores.com](mailto:info@magnaterraeditores.com)

***Para esta edición:***

© Iñaki Carro, 2010  
*Diseño de portada y maquetación:* Nagore Uriarte / Iruñe Torriontegi  
*Fotografías:* Archivo fotográfico de las C.P.R.

*I.S.B.N.:* 978-84-613-9204-9  
*Depósito Legal:* NA-944-2010  
*Imprime:* Gráficas Lizarra, S.L.

*A Belinda*



*“Hachakyum, dios de los dioses, creó los cielos y las selvas.  
En el cielo sembró las estrellas, y en la selva plantó los grandes árboles.  
Las raíces de todas las cosas están agarradas de la mano:  
cuando cortan un árbol en la selva, una estrella cae del cielo.”*

Chan K'in Viejo, guía espiritual lacandón, hacia 1950.



## Prólogo

La mujer sabía que abandonaba aquel lugar. Que a partir de ahora conocería otros soles, otros amaneceres. Ya sólo quedaba tiempo allí para el pequeño:

—¡Corre, hijo! ¡Corre!

¿Pero cómo hacerle entender? Era tan frágil, tan vulnerable...

Ni siquiera sabía dónde se encontraban. Habían pasado varias horas desde que emprendieron aquella precipitada huída, al principio en pequeños grupos y de forma más o menos organizada, para más tarde terminar por dispersarse y perderse en la montaña. Y en ese lapso los estrechos márgenes que delimitaban su mundo se habían desvanecido. El caserío, la aldea... Todo formaba parte ya de un brumoso e irreconocible pasado.

Trató de concentrarse en la espesura que la rodeaba. Si al menos pudiera encontrar allí algo familiar, una señal que le indicara el lugar oportuno... Pero era inútil: habían caminado demasiados kilómetros sin rumbo fijo, monte a través.

Tendida en el suelo, acarició una vez más el contorno de la diminuta criatura que yacía en su seno. Hacía mucho tiempo que ésta no respiraba, pero ella se negaba a aflojar el abrazo.

La angustia se vino a mezclar con el dolor de la herida que le desgarraba la pierna, hasta producirle nauseas. ¿Cuándo había ocurrido todo aquello? No estaba segura. Tal vez junto al río, cuando tuvo que apretar a la niña fuertemente sobre sí, contra su pecho, para que no llorara, para amortiguar sus sollozos; había que hacerla callar, no fuera a ser que con sus gritos alertara a los soldados...

¡Los soldados! ¡Ya casi los había olvidado!

No podía dejarse llevar: tenía que concentrarse, tenía que pensar en el pequeño Xhun.

Hizo un titánico esfuerzo tratando de escuchar. Sí, todavía estaban allí. Los gritos, los disparos. Lejos aún, pero cada vez más distinguibles.

Reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, volvió a chillar:  
—¡Corre, Xhun!

Pero el niño no la oía. Frente a ella, paralizado por el miedo, lloraba desconsoladamente sin entender por qué su madre no se levantaba, por qué su pierna se envolvía en una oscura sombra que no paraba de crecer.

Las siguientes palabras que ensayó la madre ya no fueron voz, sino un susurro:

—¡Corre...!

Aquel había sido su último esfuerzo, y lo sabía. En cuestión de segundos su visión pasó de ser vacilante y borrosa a convertirse en una negra rendición.

Se oyeron unos pasos. ¿Había llegado ya hasta allí el ejército? ¿Tan pronto? ¿O es que acaso había perdido totalmente la noción del tiempo?

No, aquellos pasos no eran los de unas botas militares: eran unos pies ligeros, como los suyos; eran los pasos asustados de alguien que huía a la carrera.

Y aquellos pasos se llevaron consigo el llanto de su hijo.

—¡Xhun!

Acaso realmente no había llegado a pronunciar ese nombre. Poco importaba ya. Las voces de los soldados se fueron volviendo más nítidas, más claras; palabras en una lengua que no era la suya, pero que tampoco era el *castilla* de los extranjeros que —muchos, muchos años atrás— les robaron la tierra. Eran voces de indígenas adiestrados para matar.

Xhun.

Su último fruto, el único aliento que le mantenía ligada a ese mundo que pronto debería abandonar.

¿Alguien se lo había llevado? ¡Sí, eso es!

Su hijo quedaría de este lado. Del lado de los vivos.

De pronto, aquella promesa se convirtió en alegría, y la alegría en grito. Un grito que rompió la exigua cárcel de su cuerpo, que buscó las copas de los árboles, que voló vestido con los brillantes colores del quetzal por encima de ríos y veredas acompañando la carrera de su hijo...

Hasta que lo interrumpieron un último disparo... y el silencio.



# Primera Parte



## Capítulo 1

—¡Vaya, si esto parece un mercado!

Miguel habló en voz alta, pero sólo yo pude escucharle. Los otros hermanos ya habían avanzado un buen trecho hacia el centro de la nave, mientras nosotros aún vacilábamos junto a la puerta. Ninguno de los dos tenía prisa por entrar.

Su comentario me resultó chocante. Porque la atmósfera en aquel espacio tenía mucho de irreal, de teatral. Desde luego, nada que ver con la de un mercado. El piso se hallaba cubierto por una alfombra de velas —cientos de velas—, por lo que todo aquel lugar parecía estar suspendido sobre un charco de luz. Entre las velas asomaban flores de huerto y silvestres, frutas, y unos pequeños incensarios en los que ardía el *pom*, una resina ceremonial extraída de un árbol local. El aire era espeso; lo saturaban el olor a cera consumida, el humo blanco del *pom* y una incesante letanía: decenas de indígenas entonaban un lamento con olor a siglos.

—Echemos un vistazo, tal vez en alguno de estos puestos encontremos algo para la cena. ¡Mira, hasta tienen papayas!

Por “los puestos” se refería, lógicamente, a los altares laterales del templo.

Lo cierto es que aquello podía haber pasado por cualquier cosa menos por una iglesia. Y eso a pesar de que reunía los elementos más típicos de la arquitectura sacra colonial. La fachada principal, encaramada sobre una veintena de escalinatas, era hermosa. De su conjunto immaculado destacaban cuatro grandes columnas estriadas y tres campanarios, el mayor de los cuales, el del centro, culminaba

en una cruz. En el interior, altos muros encalados, un retablo al fondo de la nave y dos hileras de bancos de madera a los lados del pasillo central. Las ventanas colgaban de uno de los laterales y eran inusualmente estrechas. Los vidrios que las vestían estaban sucios y gastados. Debajo de las ventanas, las imágenes de los santos.

Sí, sin lugar a dudas; era evidente que nos encontrábamos ante un templo cristiano. Y sin embargo, todo aquello parecía tan...

Definitivamente, lo que daba pábulo a tan perturbadora imagen no era nada que se echara en falta, sino todo lo contrario: allí había algo de más. Algo añadido, superpuesto. Aquel espacio era como un cuerpo mancillado al que hubieran cubierto con unas ropas groseras y extrañas. No era sólo aquella embriagadora luminosidad, o ese extraño quejido milenario en una lengua desconocida; ni tampoco la desacostumbrada disposición de las velas, esparcidas por doquier; es que, además, los altares estaban literalmente sepultados por los más insospechados —e inapropiados— objetos. Había sobre todo flores, frutas, huevos, mazorcas de maíz y copal, la resina sagrada. Pero también chicha, panela, frascos de aguardiente y fajinas de tabaco. Las imágenes de los santos estaban ennegrecidas por el humo de los incensarios, e incluso algunas de ellas —tal vez las más— vestidas con extraños atuendos de colores y tocadas con sombreros de fieltro de los que colgaban cintas amarillas, rojas, verdes y azules, o cubiertas por pañuelos anudados y ropajes inverosímiles.

Por unos instantes permanecí clavado al suelo, tratando de digerir lo que estaba viendo, incapaz de avanzar un sólo paso.

Mientras tanto, Miguel se había echado las manos a la espalda y caminaba por uno de los laterales, asomándose divertido sobre los pequeños altares como quien curiosear entre tenderetes de verduras. Finalmente me acerqué hasta su lado:

—¿Se puede saber qué haces?

—¿Ir de compras?

—¡Venga, no seas payaso! Recuerda dónde te encuentras.

Como era de esperar, la única respuesta que obtuve fue una de sus grotescas muecas. Por un momento no pude reprimir la sonrisa; pero inmediatamente me ruboricé al darme cuenta de que los

demás hermanos nos miraban. Como de costumbre, Miguel me ponía en evidencia: su gesto había quedado semioculto; mi sonrojo, no. Lo aparté suavemente con el codo para poder reunirnos con el grupo de misioneros que nos esperaba en el presbiterio, frente al altar mayor.

—Y bien, hermanos, ¿qué les parece?

—Desconcertante, tal vez. No esperaba nada así.

—Sí, exótico, ¿verdad?

—Bastante. Poco que ver con las iglesias que hemos conocido hasta ahora, en Antigua.

—¡Oh, no, nada que ver! Como les expliqué antes, aquí las cosas son... diferentes. Antigua ha sido una ciudad muy española desde los tiempos de la conquista. Pero aquí en El Quiché encontrarán que las viejas tradiciones indígenas se han mantenido muy vivas hasta nuestros días.

Quien hacía las veces de guía en aquella visita era el hermano Rafael. Sin duda era el mayor del grupo, aunque quizás no tan entrado en años como sugerían los ribetes blanquecinos de su barba. Junto a él nos acompañaba otro de los predecesores de la orden en la región, el hermano Jonás. Este parecía algo más joven que Rafael, pero la firmeza de su mirada le confería el mismo aire de veteranía. El resto éramos por aquel entonces unos mocosos recién salidos del seminario. La mayoría apenas llevábamos unos días en el país.

Rafael continuó con la explicación:

—Como ven, buena parte de nuestra liturgia conserva algunos elementos de los viejos rituales mayas. Fíjense aquí, por ejemplo. ¿Ven estos quemadores de copal? —junto a nosotros, frente al altar, las velas se apiñaban en torno a los incensarios hasta terminar por encerrarlos en una especie de pequeño anfiteatro—. Los antiguos mayas creían que podían alimentar a sus dioses quemando *pom*, o con el olor de las flores. Y aquí hemos mantenido muchas de sus costumbres, aunque dotándolas de un sentido eminentemente cristiano. Convirtiendo lo que antes era alimento de dioses paganos en ofrendas a santos y vírgenes, cambiando el sentido de sus plegarias...

—¿Plegarias en lengua maya?

—Sí, eso es. En k'iche', o en kaqchiquel.

—Vaya.

—Entonces... ¿es cierto lo que se dice? ¿Que la religión maya ha encontrado acomodo en los templos católicos?

—En cierto modo, sí —Rafael titubeó unos instantes—. Se podría decir que nuestras ceremonias son una síntesis entre las antiguas creencias y el cristianismo. Entiéndame, se trataría más bien de una fusión superficial entre unos rituales que se venían practicando desde mucho antes de la conquista y nuestro corpus o dogma cristiano. Esto no ocurre en todo el país, claro. Pero aquí en el altiplano la mayoría de las parroquias tienen esta... peculiar característica.

Se detuvo un momento para observar nuestras reacciones, y finalmente sentenció, mudando a un tono más distendido:

—¡Aunque, sin duda, en Chichicastenango nos llevamos la palma!

En los pocos días que llevábamos allí, aquel fue nuestro primer contacto con el corazón del altiplano guatemalteco. Hasta entonces no habíamos salido del edificio que la orden tenía en Antigua, pero nuestro destino final iba a ser cualquiera de las parroquias de ese amplio territorio de abrumadora mayoría indígena. El objeto de nuestra visita a Chichicastenango era precisamente introducirnos poco a poco en la realidad con la que nos íbamos a encontrar.

—Sí, pero... —traté de buscar las palabras apropiadas, sin encontrarlas—. Todos estos... Toda esta parafernalia... Esto es un santuario católico, ¿verdad?

—¡Por supuesto que sí! —el hermano Rafael sonrió satisfecho, como si llevara rato esperando la pregunta—. Totalmente católico.

—¿De veras? ¿Y Roma admite esta heterodoxia en la liturgia?

—Claro, ¿por qué no? —Rafael miró de reojo a Jonás y entrelazó las manos en el regazo, adoptando la postura de un maestro ante sus discípulos—. No es ninguna novedad. La Iglesia ha venido actuando así durante siglos, ¿cierto? De hecho, la mayor parte de nuestros ritos tienen un origen precristiano. Simplemente, lo que hicieron los primeros padres de la Iglesia fue aprovechar las ceremonias más extendidas en su época y ponerlas al servicio del men-

saje y los valores cristianos. A fin de cuentas, convendrán ustedes conmigo en que lo sustancial de nuestra obra no son los formalismos ceremoniales, sino la Palabra que los acompaña... ¿No?

—Por supuesto, sí.

—Bueno, hermano —intervine—. Usted se está refiriendo a los primeros pasos de la Iglesia en el mundo. Yo creo que hoy en día...

—¿Y por qué no? —me interrumpió, disculpándose con una sonrisa—. Recuerden que aquí, en Centroamérica, la Iglesia también hubo de dar sus primeros pasos. Y en cierto modo aún lo está haciendo. De ello van a tener buena prueba en los próximos años, no lo duden. Claro que... entiendo que algunas de estas costumbres les puedan resultar chocantes. Aquí en el altiplano, por ejemplo, es muy común que entre las ofrendas que dedican a los santos los indígenas traigan un poquito de tabaco o de alcohol. Algo que en Europa resultaría cuando menos... inadecuado.

Miguel sonrió con picardía:

—Vaya, eso sí que es interesante. ¡Alcohol en el altar de un santo! No recuerdo que el padre Guillermo nos hablara de ello. ¿Me quedaría dormido en alguno de sus sermones?

Los demás rieron de buena gana. El padre Guillermo era uno de los preceptores más estrictos que tuvimos en el seminario, y su juicio sobre los aspectos más formales de nuestra labor distaba mucho de ser tan liberal como el del hermano Rafael. De ahí que sus encontronazos con el siempre irreverente Miguel fueran continuos.

Y a veces yo era el primero en compartir su rigorismo.

—¡Miguel! —le regañé, en voz baja—. Sabes que hay cosas sobre las que no se puede bromear, ni siquiera entre nosotros. El día menos pensado...

—Sí, sí, ya sé. No empieces. Ya ves que no hablaba en serio. Es que todo este sitio me parece tan curioso... ¿verdad?

Ciertamente, lo era. Olvidándome momentáneamente de Miguel, dejé que mi mirada se pasease una vez más por aquel laberinto de humo y cera. La confusión de olores y colores era allí —frente al altar— mucho más intensa. Junto a nosotros, el hermano Rafael había retomado el hilo de la exposición:

—... y sobrevivieron hasta nuestros días. Les recomiendo que aprovechen para respirarlo. Para tratar de capturar su hondo contenido espiritual. Les aseguro que éste es uno de los templos con más flujo místico de todo el país.

Sí, de ello no cabía la menor duda. El hermano Rafael nos había contado antes de entrar que Santo Tomás de Chichicastenango fue construida sobre el emplazamiento de un antiguo templo maya. Y algo de aquél brumoso pasado aún perduraba en el lugar. El conjunto desprendía una extraña sensación de anacronismo. Ni siquiera la luz del sol —afuera lucía un día espléndido—, que se colaba tímidamente por las rendijas del portalón y las estrechas ventanas, conseguía cuestionar ese escenario y rescatarlo de vuelta a la realidad. Antes bien, las columnas de luz que descendían en espirales hasta el suelo cortaban limpiamente ese ambiente lúgubre, sin que ambos llegaran a fundirse ni contaminarse. Como si hubiera un acuerdo tácito de respeto mutuo, de reparto de espacios, entre una luz joven —que se va renovando día a día y año tras año— y otra que más que del cielo brotaba de las entrañas mismas de la tierra, inmutable, atemporal, imperecedera.

Pero Miguel no parecía estar interesado en esas escurridizas vivencias espirituales. El hermano Roberto y él se habían acercado a un pequeño grupito de indígenas y habían entablado con ellos una animosa conversación.

—¡Ah, Rubén! ¡Ven, acércate! —me llamó, divertido—. Verás, este son el señor Elías Chicoj y su hermano. Elías es el sacristán de la parroquia, ¿sabes?

Como me ocurría con la mayoría de aquellos hombres menudos y de tez morena, me resultó imposible calcular su edad. Parecían ya bien entrados en años y consumidos por el tiempo y el trabajo, pero puede que no pasaran de la treintena.

—Don Elías nos explicaba este tema del incienso y el aguardiente —continuó Miguel—. Sobre cómo lo usan para pedir ayuda a los santos, ¿verdad?

Elías no respondió. Algunos feligreses que rezaban en las inmediaciones se detuvieron para observarnos con indisimulada curiosidad, pero la mayoría seguía sumergida en su arcana ausencia.

El sacristán indígena lanzó una mirada dubitativa a su entorno, hasta que el hermano Roberto le rescató del apuro con una pregunta directa:

—Y todo esto; ¿es para los santos?

—Sí, padre. Pa San Miguel, y mismo pa San Andrés.

—¿San Andrés? ¡Ah!, bien.

—Ayuda mucho, siempre. Por eso le traemos cada mañana chicha y copal, pa que no le pase nada malo y siga ayudando.

—¿Que no le pase nada malo? ¿Y qué le podría pasar? El es un santo.

—Claro, padre. Pero él me ayuda en la milpa, ayuda a botar la montaña y que el maíz sale fuerte. Entonces, primero tenemos que cuidar y proteger a él.

Miguel y yo cruzamos una rápida mirada.

—¿Protegerle? ¿A San Andrés?

—Sí, claro. El me ayuda, yo le ayudo. Parejo.

—Bueno, sí... Pero no veo en qué podemos ayudar nosotros a San Andrés. Hace mucho tiempo que goza de la compañía del Todopoderoso.

Elías nos miró con desconfianza. Era obvio que nuestras preguntas le importunaban. En nuestro afán por comprender a aquellas gentes tal vez estábamos pecando de falta de tacto. Inseguro, busqué a mi lado el referente de Rafael o Jonás; pero éstos se habían alejado junto con el resto de hermanos hacia el otro extremo de la nave. A nuestro alrededor, los curiosos iban retornando a sus oraciones. Volvían a trenzar sus voces con las del resto para forjar aquella repetitiva e hipnotizante cadencia.

—Bueno, ayudar, ayudar... no sé, pero siempre se puede orar a Dios en su favor —Miguel trató de mostrarse conciliador.

—Cabal, sí.

—¿Y qué traen a los santos?

—A San Andrés traemos chicha. Y comida.

—¿Chicha? —una bebida típica de allí, hecha de maíz fermentado.

—Sí. Pa que esté fuerte y ayude mucho. Casual que enferme y se nos muere.

Los tres reímos discretamente aquella ocurrencia. Como nos había explicado el hermano Rafael, aún pervivía mucho de la vieja cosmogonía maya en aquellas confundidas mentes. Dioses paganos y santos cristianos hermanados en torno a unas ceremonias de lo más estrafalario... Teníamos un gran trabajo por hacer.

Recuerdo que Roberto y Miguel se afanaron en explicar —paciente e indulgentemente, como quien habla a un niño— que los santos no pueden morir. Y también la mirada entre desconcertada e incrédula de Elías, quien se empeñaba en responder que eso no ocurría con *sus* santos. “*Padres, ustedes saben más que yo de estas cosas, pero aquí nuestro San Andrés necesita que venimos y le cuidamos*”, insistía. Mientras discutían, recordé las dudas que alimenté en el seminario sobre mi propia fortaleza. El camino que habíamos elegido, el de las misiones, era el más duro reto que podía afrontar un cristiano. Y no sólo por lo doloroso que resultaba dejar atrás todo lo que conocíamos y amábamos, sino porque nuestra fe iba a ser puesta a prueba día a día y año tras año. Habríamos de confrontarla permanentemente con la descreencia y las supersticiones, conocería del duro ataque de dudas e incertidumbres, y debería aprender a mantenerse firme aun en la soledad y el desamparo más absolutos.

A diferencia de Miguel, tan confiado y seguro de sí mismo, yo siempre temí no estar preparado para tal desafío.

Una última afirmación de Don Elías me devolvió al presente:

—Sí, padres. Los santos están en el cielo. Pero ellos también vienen aquí no más, entre los hombres. Ellos muy nos ayudan, sin ellos el maíz no crece, no hay lluvia, los animalitos se mueren. Nosotros necesitamos los santos. Pero mismo los santos necesitan los hombres. Parejo. Sin nosotros los santos no tienen ayuda, no hay comida, ya no tienen fuerza... y a lueguito se nos mueren.

Lo dijo con total seguridad, con total convicción. Como quien habla del sol que nos calienta o la tierra que nos mantiene. Y la rotundidad de su certeza nos arrebató las palabras. Tal vez ese hombre menudo y nosotros perteneciéramos a mundos tan distantes que ni los nombres de las cosas compartir podíamos. Y en aquella ocasión, ni siquiera tuvimos el tiempo suficiente para buscar un terreno fronterizo en donde encontrarnos, porque el hermano Rafael

nos hacía señas desde la puerta para que acudiéramos. Esta vez fue Miguel quien me sacó del ensimismamiento:

—¿Rubén? Mejor vamos con el resto, parece que están saliendo afuera.

Efectivamente, nuestros hermanos andaban ya por el exterior de la iglesia. Y hasta allí les seguimos Roberto, Miguel y yo, dejando a Elías Chicoj y sus cofeligreses de vuelta a sus rezos, y despidiéndonos de aquel sombrío lugar con una furtiva mirada.

Fuera comenzaba a caer la tarde, alumbrando un cuadro conocido y cotidiano: calles repletas de gentes que compraban, vendían, discutían o se saludaban. Y sin embargo, el extraño aire que se respiraba en el interior de la iglesia parecía querer escapar de su rígido corsé para invadir la plaza, e incluso ir más allá, sobrevolando las casas hasta alcanzar las vecinas montañas. Y nos obligaba ahora a interpretar con otros ojos la escena que se representaba a nuestros pies y que al llegar nos había parecido simplemente pintoresca: ese puñado de indígenas, hombres y mujeres, que rezaban arrodillados frente a una gran hoguera de copal, al pie del templo; y esa gran columna de humo que trepaba en densos círculos amenazando con ennegrecer el cielo sobre la plaza y cubrir de sombras lo que hasta entonces parecía un lugar seguro y previsible.

—Pero, tanto ritual pagano, tanta tolerancia... ¿no es un poco exagerada? —pregunté, absorto, a Rafael. Mi atención estaba aún enmarañada entre volutas de humo.

—Puede parecerlo, sí.

—¿Entonces?

—¿Se refiere a por qué se siguen permitiendo? —el hermano Rafael se tomó su tiempo—. Bueno, usted ya sabe que la llegada del cristianismo a esta región fue... “accidentada”, por decirlo de algún modo. Algunos pueblos lo acogieron mejor, claro. Pero otros se aferraron a sus tradiciones y rechazaron todo intento de evangelización. Por desgracia, aquellos fueron tiempos de mucha violencia. Ni siquiera la Iglesia pudo mantenerse al margen de tamaña brutalidad. Aquí, en El Quiché, se llegó al extremo de

aplicar la pena de muerte contra quienes se negaban a ir a misa. O a bautizarse.

—Sí, lo sé. Hemos hablado mucho sobre eso, en el seminario.

—Sí; una situación muy embarazosa —el hermano no ocultó una amargura por todos compartida ante tan negra página de nuestra historia—. Pero... ni por esas. No hubo manera. Muchos de estos pueblos seguían empeñados en adorar a sus dioses. De haber continuado con aquellas medidas, castigando tan duramente la falta de fe, aquello se habría convertido en una auténtica carnicería.

Por un momento nuestras miradas buscaron refugio en la distancia, eludiendo un encuentro que a ambos hubiera cubierto de sonrojo. Los dos sabíamos sobradamente que lo ocurrido en aquellas tierras durante la conquista no podía ser explicado sin recurrir a los peores calificativos. Y pese a ello —o tal vez por eso—, Rafael prosiguió su relato tratando de aferrarse a una precaria y resbaladiza línea exculpatoria.

—Para evitar que la cosa fuera a más la Iglesia tuvo que ceder en algunas cosas. Practicar una cierta tolerancia hacia las viejas costumbres, con la esperanza de que irían cayendo en desuso y con el tiempo se acabaría imponiendo la liturgia católica. Aunque el resultado, ya lo ve... Fíjese, por ejemplo, en estas escalinatas —señaló hacia abajo con una ligera sacudida de la cabeza—. Cuando los españoles llegaron a este lugar encontraron un templo maya en lo alto del cerro, lo destruyeron, y levantaron la iglesia de Santo Tomás. Y para acceder a ella desde allí abajo, desde la plaza, colocaron unas grandes gradas de piedra. Adivine lo que pasó.

—¿Nadie subía a la iglesia?

—Exacto. Los indígenas se negaban a acudir al templo, pese al castigo. Estas gentes son muy tercas, ¿sabe? Al final, los gobernantes castellanos siguieron el consejo de los caciques locales e hicieron algunas concesiones: sustituyeron las gradas originales por estas veinte escalinatas que ve ahora, que representan los veinte días del calendario maya; se permitió quemar *pom* al viejo estilo, tanto dentro del templo como al pie de las escalinatas. Al pie del cerro sagrado, en definitiva. Y durante mucho tiempo esta iglesia tuvo dos entradas diferenciadas: nadie que no fuera indígena podía

entrar a ella por la puerta principal. A excepción de los párrocos, claro.

—¡No lo dirá en serio...!

—Totalmente en serio. Una cosa así no es como para tomársela a broma. ¡Imagínes! Toda una iglesia cristiana en tierra de conquista, pero a la cual los propios conquistadores sólo podían entrar por una puerta lateral. Todavía hoy los indígenas no la atraviesan sin haber quemado antes un poco de *pom* al pie del templo, para pedir permiso a... no sé muy bien que espíritu guardián. Y ahí tiene otro ejemplo, El Calvario —señaló hacia una pequeña capilla, justo frente a nosotros, al otro lado de la plaza—. Formalmente, esa iglesia es parte de nuestra parroquia, pero en la práctica sólo la utilizan los curanderos locales para celebrar sus ceremonias. Y lo que es más: ningún ladino puede entrar a El Calvario si no está acompañado en todo momento por un maya. Incluyéndome a mí mismo. Se lo expliqué antes ahí dentro: este lugar es... diferente.

Más que diferente; pocos lugares habrá en Centroamérica que le puedan igualar. Su belleza —el contraste entre el alegre colorido de las vestimentas indígenas y las blancas casas coloniales— llega a adquirir tintes épicos cuando se la observa a la luz de esa historia y tradiciones centenarias.

—Pero ahora, permítanme que les cuente algo más acerca de Chichicastenango —Rafael alzó la voz para atraer la atención del resto de los hermanos—. Supongo que todos ustedes han oído hablar del Popol Vuh, el libro sagrado de los k'iche'. Una hermosa historia acerca de cómo fue creado el mundo, los primeros dioses y los primeros hombres. Pero lo que quizá no sabrán es cómo este libro consiguió llegar hasta nuestros días, cuando casi todos los demás escritos precolombinos se perdieron para siempre. Lo ocurrido con el Popol Vuh puede ayudarles a comprender el temperamento de estas gentes... y en cierta medida las dificultades que encontrarán en su trabajo aquí, en Guatemala.

Rafael se apartó unos metros de la puerta y se recostó sobre la pared del templo. La tarde seguía cayendo, y el sol ya no se dejaba sentir tanto como unas horas antes. Siguiendo su estela, el bullicio de la plaza se apagaba lentamente.

—El libro lo descubrió un antiguo párroco de Santo Tomás. Un dominico andaluz, el padre Francisco Ximénez. Llegó aquí en torno al 1700; pero a diferencia de sus antecesores este hombre demostró un respeto por la cultura indígena nada habitual en aquella época. Incluso llegó a aprender varias lenguas locales: k'iche', kaqchikel, un poco de mam... Y seguramente por eso consiguió ganarse la confianza de los caudillos indígenas de la parroquia, quienes en señal de gratitud decidieron compartir con él un secreto. Un secreto que había permanecido inviolado durante generaciones: le mostraron el manuscrito original del Popol Vuh. Y no sólo eso; le permitieron que lo copiara y lo tradujera al castellano, antes de volver a ocultarlo a los ojos europeos, esta vez para siempre.

—Entonces... ¿el manuscrito que se maneja no es el original? —pregunté. Conocía bien el famoso “Libro del Consejo” del Quiché, del que había leído algunos fragmentos. Lo que no sabía es que se trataba de una copia.

—¡No, qué va! Lo que el padre Ximénez hizo fue una transcripción exacta del texto tal y como se lo mostraron, escrito en k'iche' pero con caracteres latinos. Y posteriormente lo tradujo del k'iche' al castellano. Pero del manuscrito original nunca más se ha vuelto a saber. Probablemente el padre se lo devolvió a sus dueños, y éstos lo restituyeron a su escondite original. A partir de ahí...

—Desaparecido.

—Sí. ¡Quién sabe! Quizás se perdió definitivamente. O quizás continúe aún soterrado en algún lugar de la montaña. O puede que en algún rincón de cualquiera de estas casas —Rafael dibujó con su mano un arco en torno a la plaza que nos rodeaba—. Seguramente nunca lo sabremos.

Se encogió ligeramente de hombros e hizo un pequeño gesto de desdén, como desechando definitivamente la idea, antes de continuar:

—En cualquier caso, más allá de la anécdota, creo que esta historia retrata perfectamente el carácter de los habitantes de este lugar. Se cree que el Popol Vuh fue escrito muy pocos años después de la destrucción de K'umarcaaj, la antigua capital del reino k'iche', en 1524. Pero los europeos no tuvimos noticia de su existencia

hasta siglo y medio después. Y sólo de manera accidental y gracias al talante abierto del padre Ximénez. De no haber sido por él, es probable que nunca hubiéramos sabido nada acerca de ese libro.

—Bueno, eso no me parece tan raro —terció el hermano Roberto—. Visto cómo trataron los conquistadores la cultura local, no me extraña que decidieran ocultar sus libros.

—Claro —admitió el hermano Rafael—. Pero lo que me interesa subrayar es ese profundo secretismo. Y sobre todo el gran apego que tienen a sus tradiciones. ¿Se dan cuenta? Durante siglos, estas gentes han acudido regularmente a nuestros templos, se han bautizado en la fe cristiana... Y sin embargo, al mismo tiempo han mantenido sus ritos y adorado a sus dioses. Casi siempre en secreto, pero a veces más abiertamente. Como aquí, en Chichicasteango.

Observé de nuevo aquellas esquivas siluetas. Aquellos rostros opacos, del color de la mismísima tierra, habituados a encubrir pensamientos y emociones. Arrodillados junto a la gran hoguera de copal, el discurrir de sus plegarias parecía no tener ni principio ni fin.

Hoy han pasado ya casi cincuenta años desde aquella visita al altiplano. Medio siglo de convivencia que ha terminado por unirme en cuerpo y alma con aquella tierra, con aquellas gentes. Y sin embargo, aún conservo muy vivo el recuerdo de lo que sentí aquella tarde en la plaza de Chichicasteango; la impresión de hallarme ante seres a los que nunca podría llegar a conocer. Tal vez porque conocer cabalmente a una persona sea del todo imposible, incluyéndose a uno mismo o a los seres más cercanos y queridos, como en mi caso Miguel. Ni que decir tiene, por tanto, lo quimérico que me resultaba conocer a todo un pueblo. Y menos aún cuando las raíces de ese pueblo y las mías propias horadaban terrenos tan diferentes.

El hermano Jonás pareció estar rastreando mis reflexiones:

—Lo peor es ese carácter suyo, tan reservado. Tan hermético. Han trazado una frontera infranqueable entre dos mundos, el suyo y el ladino. Y deberán ustedes aprender a vivir con la duda sobre lo que realmente piensan y sienten sus feligreses. O incluso si aquellos que más asiduamente acuden a la eucaristía o que ustedes

tienen por sus más estrechos colaboradores no se seguirán reuniendo a escondidas en algún lugar de la montaña para adorar a sus dioses paganos.

El hermano se detuvo, pero nadie se atrevió a romper aquel silencio. Fue Miguel el que concluyó, inusualmente serio:

—Vaya... Difícil panorama el que nos están pintando.

—Sí. Nadie dijo que la tarea de las misiones fuera fácil. Si lo fuera no seguiríamos viniendo aquí, ¿no creen?

Su expresión sugirió ecos de un punto y final. Tras una prolongada pausa, y por segunda vez aquella tarde, el hermano Rafael trató de desenrascar el ambiente, dando una sonora palmada y espetándonos en tono animado:

—¡Pero bueno, hermanos, no nos pongamos tan serios! Aún no ha terminado nuestra visita.

—Ah, ¿no?

—¡No, qué va! Todavía nos queda algo muy interesante por ver. ¡Siganme! Hemos de dar un pequeño paseo.

E inmediatamente y sin esperarnos se lanzó escaleras abajo para adentrarse en la concurrida plaza. Jonás salió corriendo tras él, y los demás les seguimos —curiosos y divertidos— a través de las calles de Chichicastenango, hasta que llegamos a un punto en donde las casas daban paso a la vegetación y el piso de tierra convergía con el camino que descendía de la montaña. Rafael se detuvo allí, aguardando a los más rezagados. Y cuando todos nos hubimos acercado comenzó la subida al cerro Turkaj.

El sendero discurrió al principio por entre la flora propia de las tierras templadas, pero pronto comenzaron a ser más abundantes los pinos y otras coníferas, señal de que nos encontrábamos a bastantes metros sobre el nivel del mar. Me situé justo detrás de Roberto y Rafael, que intercambiaban algunas impresiones sobre nuestra anterior conversación con Elías Chicoj.

—Entonces, ¿estos indios no tienen ningún respeto por lo sagrado?

—¡No, no! Al contrario; lo que pasa es que para ellos todo tiene vida propia. O todo es sagrado, por decirlo de otro modo.

—¿Una especie de panteísmo?

—Sí. Eso es. Todo tiene su espíritu, su *nabual*. Por ejemplo, un indígena se enfadará mucho contigo si ve que le das una patada a una mazorca de maíz.

—¿Porque es sagrado?

—Algo así. Porque, a su modo de ver, el maíz está ahí para algo. Está para alimentarnos, no para que le demos patadas. Ya entendéis...

Los tres reímos brevemente, mientras Roberto se dedicaba a apartar piedras con el pie, imitando a un futbolista.

Comencé a fijarme en el semblante de los indígenas con los que nos cruzábamos en el camino. A diferencia de otras partes del país, más ladinizadas, allí los nativos aún conservan su atuendo característico. Las mujeres son las que lucen las vestimentas más coloristas: tanto en el huipil como en el corte —la blusa y la falda— predominan los añiles y morados; pero mientras que el primero lo saturan infinidad de motas —semejantes a flores—, el corte presenta pequeños cuadrados de diferentes colores, siempre sobre un fondo azul oscuro. Algunos hombres, curiosamente, llevan un traje que parece su reverso: en su caso es el pantalón el que se halla totalmente cubierto de sombras blancas, azules, moradas o amarillas, mientras que sus camisas tienden hacia los tonos más oscuros.

Bajaban por la senda siempre en silencio, los hombres delante y las mujeres unos pasos más atrás, a menudo cargando con un niño a sus espaldas. Sus ojos hablaban de siglos de humillaciones y penalidades, y nos sopesaban con una mirada cargada de tristeza.

Y de desconfianza.

Llevábamos unos veinte minutos caminando cuando el hermano Rafael hizo un gesto para que nos detuviéramos. Habíamos llegado a un pequeño claro en el bosque. Aquello, más que la culminación del cerro, daba la impresión de ser una confluencia, un cruce de caminos. A primera vista no había nada en aquel lugar que lo hiciera diferente de otros muchos parajes que habíamos ido atravesando. Pero unos metros delante de nosotros, un grupo de indígenas se arrodillaba en silencio. Traté de adivinar qué había detrás, en el centro del claro, pero apenas lo pude entrever.

Como había anticipado el hermano, la tenue luz que se filtraba por entre los pinos —comenzaba a anochecer— dificultaba mucho la visión. Además, la imagen era extraña, inesperada. Por lo que pude atisbar se trataba de una especie de altar: un conjunto de piedras negruzcas, oscurecidas por el humo. La más grande no tendría más de medio metro de altura, y enseguida me pareció comprender por qué era la parte principal del altar: colocada de pie y flanqueada por las demás, más pequeñas, su rugosa superficie evocaba el contorno de un rostro humano. Se distinguían claramente la forma de dos ojos —contraídos, apretados—, y algo que pudiera pasar por una nariz, todo ello toscamente esculpido y seguramente desgastado por un sinfín de jornadas a la intemperie.

Al igual que ocurría en la iglesia de Chichicastenango, frente al altar se esparcían numerosos objetos: incienso, flores, velas, alcohol, huevos... Aunque en esta ocasión su disposición parecía responder a un cierto patrón. Las ofrendas estaban agrupadas en pequeños montoncitos circulares, normalmente flanqueadas o cubiertas por velas de distintos tamaños. Y era evidente que éstas no habían sido colocadas al azar. Agrupadas por colores —rojas, negras, blancas o amarillas—, las velas respetaban en todos los casos la misma composición. Como si cada color tuviera asignado su propio lugar.

Rafael nos explicó que no podíamos acercarnos más al altar sin pedir permiso, así que nos quedamos allí. En voz muy baja, casi en un susurro, comenzó a describirnos lo que estábamos viendo:

—Todos estos cerros están repletos de rincones similares. Pequeños altares, lugares sagrados... Casi siempre en ríos, o pozos, o en ciertas partes de la montaña. La mayoría permanecieron ocultos durante siglos, y de algunos supimos su existencia hace sólo unos años. Pero éste, el del cerro Turkaj, es el más importante de todos ellos. El altar se llama Pascual Abaj. Verán... —Rafael bajó aún más el tono de su voz—. Se trata del altar original del templo maya. El de Chichicastenango, el que se alzaba donde hoy está Santo Tomás. Por lo visto, los k'iche' consiguieron sacarlo del templo antes de que los conquistadores lo destruyeran. Lo trajeron a la montaña, y durante mucho tiempo siguieron adorándolo a escondidas. Los españoles sospecharon desde un principio que algo

así podía estar ocurriendo, porque los lugareños acudían con demasiada frecuencia a este cerro, pero cuando descubrieron el altar decidieron no destruirlo.

—Interesante... ¿Seguro que no podemos echar un vistazo más de cerca? —dijo Miguel, avanzando un par de pasos en dirección al altar. El hermano Rafael le detuvo, agarrándole del brazo.

—¡No, hermano! Verá... Es mejor que nos quedemos aquí.

Miguel le miró, sorprendido. Rafael trató de justificarse:

—Por supuesto que podemos acercarnos un poco más. Pero... es que últimamente ha habido algunas tensiones. Ciertos problemas.

La mente del hermano voló hacia lugares que desconocíamos, perdiéndose entre imágenes que se intuían amargas o hirientes. De lo que no cabía duda —a juzgar por la mueca de desconsuelo que dibujaron sus labios— es que respondían a un pasaje que su memoria hubiera preferido borrar.

—¿Cómo se lo explicaría? Si a veces ni yo mismo puedo entenderlo: tantos años de trabajos y esfuerzos para terminar...

Un hondo suspiro le ayudó a emprender el regreso hasta nosotros:

—En fin; el caso es que hace algún tiempo que existen enfrentamientos entre los tradicionalistas y un grupo de nuestros catequistas. Como podrán imaginar, la raíz de todo eso habría que buscarla no en nuestro trabajo parroquial, sino más bien en viejos conflictos: la falta de tierras, luchas por el poder... Pero, desgraciadamente, todo ese rencor acumulado ha ido tomando en los últimos años la forma de una guerra entre religiones; o entre distintas prácticas de una misma religión, si lo prefieren. Y una noche...

Rafael se detuvo, exhalando una bocanada de aire al tiempo que movía la cabeza lentamente de lado a lado.

—Todavía me cuesta creerlo... Una noche varios de mis catequistas subieron hasta aquí y destruyeron el altar.

—¿Este altar?

—Sí.

No entendía. ¿Qué podía tener aquello de malo? Destruir todo elemento de culto pagano, ¿no formaba parte de nuestra labor allí?

El hermano Rafael no lo veía de esa manera, como pudimos comprobar cuando añadió, con vehemencia:

—Nosotros nunca hemos aprobado esa forma de actuar. ¡Nunca! Al contrario, siempre hicimos prédica del respeto; del respeto como punto de partida para llegar hasta los corazones de este pueblo, e invitarlo a recorrer el camino de Cristo. ¿Que estamos aquí para hacer frente a estas viejas supersticiones? De acuerdo. Pero personalmente yo no creo que destruyendo los santuarios paganos vayamos a conseguir conversiones en masa al cristianismo.

Se detuvo un breve instante. Casi todos asintieron, en silencio.

—En cualquier caso, ¡imagínense cómo está ahora el percall! Los tradicionalistas tuvieron que levantar Pascual Abaj de nuevo, recogiendo los trozos dispersos y uniéndolos con cemento y barras de hierro... Así es que...

“Así es que... esto es Guatemala”, pensé mientras Rafael concluía su comentario. Poco que ver con el país que se describía en los libros que con tanta ansiedad devoré en mis últimos meses de seminario. En ellos se hablaba de aquellas ceremonias paganas como algo propio del pasado; algo extirpado ya en épocas remotas por la espada del conquistador y que siglos de influencia cristiana habían terminado por enterrar. No contaban que su religión era como una roca, irrompible y eterna; como su dios Abaj, el dios de piedra, el dios de la tierra, la fertilidad y la lluvia. Que aquellos dos ojos graníticos —imprecisos y gastados— todavía cautivaban las miradas terrosas y taciturnas de sus seguidores, comunicándose con ellos en un lenguaje que no sabía de palabras ni experimentaba el paso del tiempo.

Y hasta allí habíamos ido a parar nosotros, jóvenes e inexpertos, armados únicamente de nuestra fe y dispuestos a convertir con nuestra sola palabra aquel robusto monolito en un puñado de arena.

Sobrecogido, comencé a orar en silencio al Todopoderoso, rogándole que nos prestara toda la fuerza que nos iba a reclamar en los años venideros semejante tarea.